

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES (1811-1863).

DOS ENSAYOS SOBRE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

I

De las novelas en España, con motivo de la publicación de Sab, novela original, por la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

Nos hemos puesto muchas veces a pensar, aunque sin fruto hasta ahora, cuál podrá ser la causa de que el movimiento literario de esta época, al paso que fecundo en producciones dramáticas y en poesías de todos géneros, haya sido estéril en novelas. Fenómeno raro sin duda, pero real y existente.

Desde 1833 han visto la luz pública más dramas originales, y más comedias notables, han ocupado la escena que en ninguna época del teatro español desde los tiempos de Felipe IV. Ninguno de esos años ha transcurrido sin que dejase de salir a luz una colección de poesías líricas. Los periódicos y publicaciones literarias, por otra parte, sucediéndose unos a otros, han mantenido siempre despierta y encendida la afición a estas obras y a estas lecturas. En fin, en unos tiempos en que el poema largo y sostenido no suele cautivar demasiado la atención de los lectores, hemos visto publicarse y concluirse largos y difíciles poemas, en tanto que la curiosidad pública espera todavía confiada la terminación de otros cuyos preludios han empezado a excitar su interés.

Y entre tanto no hay en España un novelista. Desde los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy lejos de llegar a la altura a que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, Federico Soulié, Balzac, Jules Janin, De Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

Repetimos que se nos oculta la causa de este fenómeno. No será por cierto la falta de interés y boga de esta clase de producciones. Ningunas hay que le exciten en más alto grado: ningún libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombradía; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad, y una necesidad muy general y muy viva.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el

libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reúnen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en común. El teatro mismo no es más que la novela en acción: la novela es un teatro más extenso todavía, de más interés acaso, aunque de menos ilusión de realidad.

Hasta la política misma ha pedido auxilio y fuerzas a la novela. Gastada fatigosamente la atención en las acerbas cuestiones, que por espacio de tantos años han prestado alimento diario a la prensa periódica, vemos hoy a ésta, en el extranjero, exhausta y desfallecida, buscar en folletines el sostén de su vida y del interés, que antes bastaba a excitar, su ya fría y decadente boga. También nuestros periódicos, aún en medio de la fiebre que a nuestro cuerpo político devora, y que hace más importante que en otros países su polémica política, han tenido necesidad, para sostener y cautivar la atención, de insertar novelas en sus columnas. ¡Y ninguna de ellas es original! Todos esos folletines son traducciones; y a veces ¡qué detestables traducciones!

No será por falta de imaginación y de talento, ni por falta de paciencia de nuestros ingenios. Sus producciones en otros ramos protestarían contra esta suposición. Ellos escriben asidua, diariamente para el teatro; ellos escriben casi siempre en verso; y por fácil y fecunda que sea su vena, todos sabemos cuánta más dificultad ofrece dialogar ceñidas escenas en tan lindos versos como a cada paso oímos recitar en el teatro, que describir libremente cuadros de la vida, en lo que -no *vil*, como dijo Voltaire, -sino comparativamente fácil prosa llamaremos nosotros.

¡Y qué campo tan ancho tienen nuestros escritores para este interesante ramo de la literatura! Si quisieran cultivar el género de Walter Scott, nuestra historia está virgen todavía: nuestras continuas luchas, nuestras eternas contiendas civiles, nuestros turbulentos reinados de la Edad Media, nuestras dramáticas y casi fabulosas conquistas, nuestros grandes reveses e inauditos infortunios, materias son no tocadas todavía, y que prestaran objeto inagotable a cien plumas y a cien pinceles.

Aquí no hay una historia sola: aquí no hay una sola nación. Es la historia de cien pueblos, de cien razas, de cien naciones, de cien gobiernos, y de idiomas y de civilizaciones distintas, coexistiendo a un tiempo mismo. Aquí subsistía aún una ciudad enteramente romana, y un imperio godo y cristiano contaba siglos de existencia; y los árabes transplantaban a nuestro suelo su Alcorán, y las costumbres, y las pasiones, y la vida y la sangre de los hijos de oriente. Aquí después Asturias y León, con los primeros, salvajes y nebulosos tiempos de la restauración; aquí la vieja Castilla, desde el romántico Cid hasta la romántica Isabel; aquí Aragón y sus sangrientos borrascosos anales; aquí la dramática Navarra; aquí los originales nunca domados pueblos vascos; aquí las Ordenes Militares; aquí la serie interminable de los reyes moros, desde el interesante Abderrhaman I, hasta la deplorable suerte del último rey granadino; aquí los ignorados piratas normandos apoderándose de nuestras costas septentrionales, mientras que los catalanes y baleares plantaban sus pendones en Sicilia, en el Archipiélago y en la misma Constantinopla; aquí la morisma, las comunidades, los autos de fe, las fabulosas emigraciones y empresas de viajes: aquí en fin Carlos V, Colón, Hernán Cortés, Pizarro, el Gran Capitán, el Duque de

Alba, D. Juan de Austria, Felipe II, D. Álvaro de Luna, don Rodrigo Calderón; aquí las Blancas, las Urracas, las Berenguelas, las Marías, las Isabeles, las Padillas... y las Teresas también, heroínas de amor, y de virtud, ¡y de caridad del cielo!...

¡Oh! Sí: nos cansaríamos en vano en la inagotable tarea de indicar asuntos y materias para relaciones históricas. En el género descriptivo no vemos término a las innumerables bellezas, que ofrece por todas partes nuestra rica y variada naturaleza, no descrita nunca ni pintada sino en las eternas monótonas rosas y jazmines de nuestros amanerados poetas líricos. Hasta nuestras actuales costumbres podrían ofrecer cuadros no menos variados y ricos que la sociedad francesa, a los que de ellas quisieran sacar partido. Porque si es cierto acaso que nuestra sociedad no está tan corrompida; si las boardillas, los salones, los garitos y los palcos de esta reducida capital, no pueden ofrecer las desgarradoras y a veces repugnantes escenas de Balzac o de Soulié; si en este Madrid, donde todos nos conocemos y nos hablamos, no puede haber grandes secretos, ni en esta vida *panóptica* y transparente del círculo de la buena sociedad, serían verosímiles esos misteriosos terribles arcanos que forman a veces el nudo de las novelas de nuestros vecinos, tiene el escritor español la ventaja de poder amenizar con variedad de figuras y de fisonomías, un cuadro que no podrá acaso ser de tan fuerte y cargado colorido.

A nuestro entender, la sociedad francesa no es tan variada como la nuestra. Las clases allí se parecen más unas a otras, y los individuos entre sí. Allí hay más homogeneidad, más unidad de carácter, más nacionalidad que entre nosotros; y esto que es un bien en política, en literatura conduce a la monotonía. Aquí hay más riqueza, porque hay más anarquía. Aquí las clases se diferencian como las provincias: no se confunden, aunque se mezclen. Aquí más que clases hay individuos; y no se necesita mucha imaginación para encontrar por todas partes tipos originales de los más raros y extraordinarios caracteres, aún en clases bajas y abyectas. Tienen a veces nobleza y generosidad nuestros bandidos, intrepidez nuestros contrabandistas, y gracia y donaire nuestros truhanes.

Hay todavía muchas almas nobles, aunque obscuras, en esta época de egoísmo y de desgracias, muchos elevados caracteres ignorados y oscurecidos, muchas virtudes sublimes de que el mundo no hace cuenta, y que pudieran hacer gran papel en los escritos de un novelista de la época. Y hay, sobre todo, tanta desgracia, tanta desventura en una sociedad tan hondamente conmovida y desgarrada, que nosotros, a la verdad, no podemos dejar de lamentarnos de que entre tantos escritores no salga un escritor distinguido, que nos haga sentir el placer que experimentamos siempre al mirar en el relieve de la novela, y en el cuadro, siempre algo ideal, de una composición literaria, los mismos sucesos que vemos en la vida real, las mismas bellezas u horrores, los mismos crímenes o virtudes, los mismos placeres o llantos, o prosperidades o desventuras, que en torno de nosotros presenciamos, o que la historia de nuestros padres nos refiere.

Por eso al anuncio de una novela original, la hubiéramos leído siempre con avidez; por eso nos hubiéramos apresurado siempre a ver si sus páginas nos revelaban al escritor, que para lustre y decoro de nuestra literatura anhelábamos. Pero la que ahora se anuncia con el nombre de *Sab*, tenía para nuestro interés y nuestra curiosidad nuevos y poderosos estímulos. Es su autor una señorita: es la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda,

ya tan ventajosamente conocida por composiciones poéticas de un mérito poco común; y esta señorita, esta poetisa, esta escritora, es nuestra amiga; circunstancia que podrá parecer acaso un obstáculo para nuestro imparcial juicio, a los que no sepan que el afecto con que la joven escritora nos distingue, es demasiado noble y tierno, para que pudiera menoscabarse en lo más mínimo, aunque nos viéramos en la precisión de ser, al juzgarla, severos.

Afortunadamente no nos vemos en esa precisión. Afortunadamente parte de nuestras esperanzas se han realizado. Es verdad que estas esperanzas no podían ser muy altas desde las primeras líneas de su prólogo. *Sab* se anuncia sin pretensiones, como un juguete, como un ensayo, como un pasatiempo en ratos de ocio de años muy juveniles de la autora; cuando su estilo y su gusto literario no estaban formados todavía; cuando sus pies no habían pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habían visto el cuadro de esta antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasión.

No: nosotros desde luego no buscamos en *Sab* la novela: buscamos al novelista, y no le buscamos en vano. El novelista le hay: con la novela no podemos ser severos. Pero nos da el derecho de serlo con otra que de su pluma salga, porque culpa será suya, si la que escribió, algunos capítulos de *Sab* no da a otra obra de más conciencia y de más estudio, toda la superioridad a que debe aspirar y llegar sin duda.

No es *Sab* una novela española, ni menos inglesa o francesa. *Sab* es una novela americana, como su autora. No es una novela histórica, ni de costumbres. *Sab* es una pasión, un carácter nada más; un carácter ideal sin duda, un carácter demasíadamente excepcional; y este es, a nuestro entender, el principal defecto de la producción que nos ocupa. Un carácter, que en cualquiera clase y raza que se escogiera, podría parecer exagerado, escogido entre los esclavos y los mulatos, debe parecer falso; y las nobles pasiones que se nos pintan en el corazón del generoso africano, a fuerza de querer ser realizadas y puestas en contraste con su triste condición, pueden no ser comprendidas.

No es la novela la obra más a propósito para luchar, con las creencias o con las preocupaciones muy generalizadas; y lo está mucho la que condena a la inferioridad de sentimientos y de inteligencia a la raza negra. Nosotros no sabemos si las almas tienen color, como nos inclinamos a creer que tienen sexo; pero ningún pintor hasta ahora se ha atrevido a pintar en la gloria un serafín de tez de cobre, ni entre las legiones precitas una cabeza de rubios cabellos y de cutis nacarado.

Ya se ve. El sentimiento que respira en la obra de la señorita de Avellaneda, es muy natural, muy generoso en ella. El primer espectáculo que se hubo de ofrecer a sus ojos en aquellas regiones, y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, fue el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, tan humillante para el siervo como para el señor; espectáculo que subleva hondamente el corazón del hombre, y hace necesarias toda la fuerza del hábito, toda la dureza del cálculo, todo el egoísmo del interés, para que el horror que infunde, se modifique!

Bajo esta impresión profunda está concebida la novela, o más bien está escogido su héroe, Sab, el pobre esclavo que se enamora de su señorita, y que devorado de celos y abrumado con la idea de que el amante, que va a ser su esposo, es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, no sólo no estorba su unión, sino que pone los medios de que se realice, y sacrifica a esta idea su fortuna y su vida, pudiera haber sido tomado en otra condición y en otra sociedad; y acaso, a lo menos entre nosotros, puede ser que tuviese más interés, teniendo más verosimilitud.

Por lo demás, el carácter y la pasión de Sab, que es toda la novela, están descritos con un pincel de fuego. Hay páginas magníficas, hay rasgos sublimes. Cuando Sab refrena sus ímpetus homicidas a vista de su dichoso rival postrado y moribundo, con la esperanza de tomar más sangrienta venganza en que al fin será conocido y despreciado, todo un carácter se dibuja en esta pincelada, digna de Otelo. Cuando el pobre esclavo lo inmola todo a la felicidad imaginaria de Carlota, y se deja morir por no arrancar de sus ojos la venda que puede hacerla feliz por dos o tres años más, es sublime sin duda. -«¡Es un crimen anticipar a un mortal la hora de su triste desengaño!» -Sólo quien no tenga el corazón ulcerado por este mando de ilusiones; -donde, muy al revés de lo que dijo Boileau, todo es bello menos la verdad, -podrá desconocer la profundidad de esta máxima.

Es el estilo, en general, animado, fluido y corriente; pero a veces más desigual, y con más hondas caídas de lo que quisiéramos, en el libro de una persona, que escribe inspirada y admirablemente prosa más bella todavía que tus versos. Sab tiene algo de la incorrección de la juventud, algo de la amable versatilidad de la mujer, y la desigualdad acaso de aquellos climas tropicales donde fue escrita. Hay en ese libro páginas nubladas y fatigosas, como algunos días de aquellas ardientes zonas; pero a poco sale el sol, puro, radiante, abrasador, y se ostenta por él bañada la espléndida y lujosa vegetación de aquel suelo, donde las palmas

Nacen del sol a la sonrisa,
Y crecen, y al soplo de las brisas de oceáno
Bajo un cielo purísimo se mecen.

Las descripciones son muy bellas. En el primer tomo hay una tempestad que sofoca al lector; y son tanto más notables y de mayor mérito estas pinturas, cuanto no hay en ellas pretensiones, ni se aspira a la exageración y afectada originalidad que pudiera haber tentado a la joven escritora, tratándose de un país virgen y poco conocido, y en cuya descripción pudiera haberse dejado llevar del peligroso impulso de imitar la manera de Chateaubriand. Uno de los mayores méritos de este ensayo es la sencillez.

No lo es sólo en el lenguaje: la acción también es sencilla; y tanto, que el primer tomo nada perdería acaso en tener más pormenores, y dejarla correr menos desembarazadamente. No hay enredo, no hay drama, no hay arcanos, no hay peripecias sorprendentes, y hay interés, sin embargo, y hay en las partes de esa narración tan sencilla, una trabazón admirable. El final sorprende por lo natural. Aparte de la muerte de Sab, nada sale del orden común; y sin embargo, queda de ese libro un sentimiento

profundo y una memoria de dolor que no se espera, ni debiera resultar de un desenlace, que podría parecer frío y lánguido a los ojos vulgares.

En esa interesante historia de una familia criolla suceden grandes desventuras, y sin embargo, no hay ningún malvado, no hay ningún crimen. El mismo Enrique Otway no es un perverso; es solamente un personaje prosaico, un buen comerciante, para quien el libro de la vida no deja de ser un libro de caja, en donde todas las partidas se asientan en guarismos, incluso la de su matrimonio. Los asesinos, los malvados, los traidores de esta composición, son las pasiones, los caracteres, el alma volcánica de Sab, el carácter ideal de Carlota, la concentrada severidad de la pobre Teresa. Este es un mérito, un gran mérito sin duda, y rogamos a la señorita de Avellaneda que así lo crea, y que no lo eche en olvido en sus demás producciones.

Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el genio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tiernas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caracteres ardientes y generosos; y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageración o de inverosimilitud.

Recuérdasenos lo que decía Larra en uno de sus folletines sobre *Los Amantes de Teruel* al Sr. Hartzbusch: «a los que digan que nadie se muere de amor, no les contestéis; sería inútil.» -¡Oh, sí; tenía razón aquel desventurado! Las pasiones son de todos los siglos. Lo mismo matan hoy que hace dos mil años. Sí, nosotros creemos que hay todavía quien se muere de amor, aunque no tenga el valor de confesarlo ante una sociedad, que en masa ridiculiza las pasiones, aunque individualmente las siente y las llora.

Lo que lamentamos amargamente en el carácter de Sab, es que aquel desgraciado, tan noble y tan virtuoso, no tenga siquiera el consuelo de saber de dónde le viene tanta virtud y tanto esfuerzo. Aquel hombre, tan solo y desamparado en el mundo, no se acuerda nunca de volver sus ojos al cielo. Cree que, su pasión es bastante para todo el sacrificio que se impone, y permítanos nuestra amiga decirle que esto no es verdad. Sab muere como bruto, mártir de la virtud y blasfemando de ella; porque no encuentra a la virtud bastante digna de inmolarla su felicidad, su esperanza y su vida. En efecto, no lo es la virtud del mundo; pero sí la virtud del cielo, la virtud de la religión.

Sab espira creyendo en el poder de su orgullo. ¡Triste palabra, que quisiéramos, ver reemplazada con la esperanza en el Dios de los justos! La religión de Teresa no hace menos falta al pobre mulato; y en lugar de aquella Martina, cuyo episodio nos parece un lunar de la obra, hubiéramos querido mejor ver a la cabecera de su lecho de muerte la imagen de la Madre del Redentor, cuyo culto, debe ser tan tierno, tan consolador para los esclavos sin ventura y sin madre.

Nos hemos atrevido a hacer estas reflexiones, porque no creemos que *Sab* sea la última producción de este género que hayamos de deber a la pluma de la señorita de Avellaneda. *Sab* es un cartel, es un heraldo, que anuncia a la literatura española la existencia de un novelista. *Sab*, a pesar del calor de alma con que está escrita, a pesar de las inspiraciones

de sentimiento que la animan, de los destellos de genio que en ella chispean, no es a nuestros ojos la obra: es el prefacio. No es el sol todavía; pero es la aurora.

Nosotros tenemos motivos para creer que el día que anuncia será bello y magnífico, aunque en esos ardientes celajes ya se vislumbre que habrá horas de tormenta, y que más de una vez surcará la esfera el rayo, y barrerá el suelo el huracán de los trópicos.

II

Poesías de la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de genio, dar a luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroísmo literario, algo de verdadera abnegación en quien se atreve a poner su firma al pie de una colección de versos. Precisa es una vocación irresistible; preciso es que el corazón se vea arrastrado por una pasión, que no prevé ni calcula, que ningún placer ni satisfacción alguna, más que la pasión misma, ha de venir a recompensar.

¡Un libro de poesías! ¿A qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta en medio de esta fútil y prosaica sociedad, en medio del siglo positivo y financiero, en medio de la literatura convertida en industria, a los pies del altar solitario del arte, condenado al olvido, u objeto del desprecio?

Quien a tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinterés de su corazón, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. Ninguna recompensa le espera, ¡ninguna!... Ni la palma celestial del genio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivían, como en su empíreo las deidades, los númenes de la imaginación, que en los antiguos tiempos elevaba casi a su igual, y ceñía también con una corona de inmortalidad, la admiración de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto: sus antes reverenciados sacerdotes, convertidos se han en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado a una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tibia dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro, la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desdén el que sin embargo se afanó tan largos días, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputación un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

¡Sed poeta!... Cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazón, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, o la desesperación del mundo; y en respuesta a vuestros cantos, y en eco a la expresión de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y

hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán ateo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creará que podéis consagrarle vuestro corazón. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasía bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazón; y ocultad cuidadosamente vuestro tedio y vuestro desaliento; llenad, aunque sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagréis ni un suspiro a las ajenas; reíos y mostraos jovial y dichoso a la faz del mundo;... porque vendrán los hombres positivos a probaros que sois feliz, a llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica a deciros que este que la misma religión llama valle de lágrimas, -es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad a luz vuestros cantos; los sabios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados librereros se han decidido al arrojo de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y a todas las desgracias y miserias de vuestro sexo, y a todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazón, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupación de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro genio, la de vuestro propio sexo os condenará a la pena, que en el pueblo de Atenas alcanzaba a todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demás. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinación que a ser poetas, y a confesarlo, y a gloriarnos de ello nos arrastra; cuando a pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardón que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes a la profesión de tan austero sacerdocio; cuando en medio del frío de esta sociedad, helada por el positivismo egoísmo que forma su base, no se apaga aún el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, a la verdad, centellas ardientes o luminosas antorchas: hay también en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fatuos de aquellos que se ven alzarse efímeros en los cementerios. Pero sino siempre alumbran o calientan esos resplandores, revelan a lo menos, a trechos y a ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen a decir todavía por intervalos que hay en el corazón sentimientos, idealismo en la imaginación, amor en la vida, calor en el alma: vienen algunas noches a arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia escuchemos.

La poesía, en medio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, a su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; mientras que tal vez otras bellezas menos

caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas o lloran abandonadas. No les importa su desgracia, o el desfavor de su ídolo. Su placer es su pasión propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platón de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazón: ¡y se les ha de poner en ridículo a nombre de esa verdad de convención que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazón que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoísmo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

«¡Hay tantos poetas!» decís con desdén. -¿Y porqué no guardáis con más razón esa desdeñosa pedantería, para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!...? ¡Y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efímeras y sus revoluciones ominosas! -A lo menos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fría y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atea, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazón; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean... enhorabuena vengan! Nunca les diremos nosotros que *hay muchos*: nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crítica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan, nuestro arte querido, nuestra primera pasión literaria, aunque después, -¡a pesar nuestro y con harta amargura! -hayan venido otros estudios y otras tareas a ocupar nuestra inteligencia, y a surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la joven y brillante poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga: que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasión de consagrarle el lauro debido a su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellísimos destellos de su genio han hermoseedo más de una vez nuestras columnas, y amenizado nuestras tareas.

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca -por esta razón misma -un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos a calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la señorita de Avellaneda, no es sólo ciertamente porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habíamos insertado: ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor.

Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulación. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indulgentes. Con la inspirada poetisa no tenemos que faltar a la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiración.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre poeta, -acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que aun entre los antiguos puede contar pocos rivales; -un poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo a la debilidad de los años un poeta, que conservando como una tradición viva entre nosotros, jóvenes e innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo, y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable don Juan Nicasio Gallego, cuyo nombre hemos leído con placer y veneración al pie del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar a la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderemos a más nuestras alabanzas: nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa colección a que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangón con las colecciones de mayor mérito que han dado a luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginación, en talento, en genio. Ninguno, en la grandeza, elevación y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresión; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno en la espontaneidad de la inspiración; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extensión y transcendencia de sus ideas.

Ábrase por donde quiera su libro, y no tememos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Haríamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendríamos que trasladar a nuestras columnas su libro entero: habríamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfección, como el que encabeza sus versos, dando en él la autora un triste adiós a Cuba su patria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa*: habríamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paseo por el Betis*, *A la mariposa y el ruiseñor*; o los sentidos romances *A un jilguero*, *A un niño dormido* y *A su madre en sus días*; y sobre todo tendríamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la autora se deja arrebatarse a la altura de la más ardiente y sostenida inspiración.

Nada más grande y poético que su oda *Al mar*; nada más ardiente y apasionado que los versos *A él*; nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas *A la esperanza*, o la triste elegía que lleva por título *Contemplación*; nada más vago y puro

que su himno a *La luna*, o más fantástico que su *Insomnio* o *La serenata*, o más acabado y perfecto en versificación y estilo que las magníficas octavas *Al genio*. Nuestros lectores conocen ya la composición titulada *Amor y orgullo*, esa composición que sólo una mujer puede escribir. A nosotros nos parece una de las mejores de la colección, y que bastaría por sí sola para dar a su autora el nombre de poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su genio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada a *Bonaparte*; la *Polonia*, traducida de Víctor Hugo, y se conocerá cuanta facilidad y estro y numen abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es a nuestros ojos de relevante mérito la imitación de Víctor Hugo titulada *Los duendes*, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque a nosotros también nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traducción ha hecho desaparecer las rarezas que le afean, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripción de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasía presta cuerpo real y formas temerosas a las molestas e informes ideas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, o de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*.

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos, de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecía debía ser el carácter distintivo de la poesía del bello sexo. -No diremos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesías la languidez, la ternura, ni tiene nada de pastoril y afeminada la vigorosa entonación, de la ardiente poetisa Cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. A nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condición, del sexo hermoso, del destino nada envidiable que sobre él pesa meditemos sobre ello, y después, cuando alguna escritora rompe la coyunda a que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del numen que de ella se apodera, no esperemos sino la dureza de la amargura y el arranque de la reacción en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros vio asentimos a que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situación. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho asomar a nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, u apacible reposo a penosos accesos de congojoso esplín o de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observación de que si estos versos son siempre buenos como versos, las composiciones no son a veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado a la perfección y altura a que puede y debe encumbrarse; pero confesamos también que es muy aventurado analizar en una situación tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitación del estro poético, o en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiración tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamás quien no se entusiasma, ni se inspira. -Los poetas no escriben para esas almas.

No, no seremos lince para los defectos, lunares, e incorrecciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podremos haber sido topos para sus bellezas. No esta tarea nuestra la crítica de los preceptistas o de los gramáticos. A las producciones del género de la que analizamos, cumple otra crítica del corazón, del sentimiento. Crítica sin embargo más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y acrisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirla de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda a ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla empero que cuando oiga zumbar al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola a la poesía, recuerde que a las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frívolas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, o los suspiros que exhalaba Tibulo en el gabinete de Delia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones a que se da hoy tan gran importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leyéranse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir a muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupación o la rutina hacen sonar en su oído que la ocupación de hacer versos es incompatible con las tareas de su sexo, también a nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto a las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra afición. Y después de habernos engolfado en serios estudios, en profundas meditaciones; después de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asiduo cumplimiento de graves deberes; después de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escritores políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos e inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos ahora más que nunca, la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, a cuyo talento, y a cuyo triunfo consagramos estas líneas.